

Los costos de no hacer

Luis Rubio

Cuenta el anecdotario que el presidente Adolfo Ruiz Cortines tenía un escritorio completamente limpio, con la excepción de dos charolas: la primera decía “problemas que se resuelven solos” y la segunda “problemas que se resuelven con el tiempo”. Esa filosofía de la política permitió mantener la paz a lo largo del tiempo, pero no evitó el colapso. Como tantos momentos de nuestra historia -y la del mundo-, las cosas funcionan hasta que dejan de hacerlo.

El porfiriato funcionó por algún tiempo, pero luego se colapsó; el desarrollo estabilizador le dio al país algunas décadas de acelerado crecimiento hasta que sus limitaciones inherentes lo acabaron por hacer inviable. Las diversas repúblicas francesas vieron similar suerte, tal y como le ocurrió a la era de las reformas en las últimas décadas en México. Cada uno de estos ejemplos comenzó con grandes expectativas pero acabó agotado, en buena medida por la complacencia que generó.

Se lanza una gran iniciativa, se hace lo necesario para que funcione con efectividad pero, unos años después, se agota y nadie hace nada para corregir sus errores, insuficiencias o malas consecuencias. El proceso que comenzó con bombo y platillo rinde beneficios decrecientes hasta que se colapsa: así ocurrió entre los cuarenta y el inicio de los ochenta del siglo pasado. En lugar de resolver los problemas, adecuar el modelo, introducir nuevos elementos y componentes, allanar el camino hacia adelante, nuestra historia ha sido la de evitar decisiones difíciles, preservar intereses depredadores, proteger grupos políticamente favoritos y, en una palabra, cuidar al statu quo. El efecto no debería sorprender a nadie: resultados insuficientes o incompletos, expectativas insatisfechas y, al final de cuentas, el colapso en la forma de un rechazo electoral al proyecto reformador.

Si algo es claro del proceso reformador de los ochenta a la fecha es que las reformas no fueron suficientemente ambiciosas o, al menos, que no se arrojaron con el empuje integral que requerían para ser exitosas. Se pretendió que era posible liberalizar las importaciones de bienes, pero no hacer lo mismo con los servicios, lo que dejó a los industriales enfrentando competencia de alta calidad sin acceso a créditos, seguros y servicios diversos (comunicaciones, infraestructura) similares a los que caracterizaban a los productores de otros países. Se pretendió que era posible transformar la educación y dotar a los niños mexicanos con las herramientas y oportunidades que requerirían en el futuro para competir con sus pares japoneses, franceses o brasileños, sin modificar el control caciquil que caracteriza a los sindicatos magisteriales. Se pretendió que se podía someter a la competencia a unos pero proteger a otros. En

condiciones como estas, es imposible esperar el éxito de un proyecto.

Cada una de las decisiones de obstaculizar las reformas puede ser explicada analíticamente en términos de los actores y correlaciones de fuerzas particulares en cada coyuntura, circunstancia que no es excepcional ni exclusiva de México, pero también es evidente que hubo una enorme complacencia en todos los ámbitos del poder político, económico y sindical. En contraste con países que no tuvieron mayor alternativa que seguir trabajando para hacer posible una mejoría sustancial en los niveles de vida de la población, en México la migración a Estados Unidos y el TLC permitieron que todo mundo se durmiera en sus laureles: la migración disminuyó la presión social y el TLC creó un estado de excepción que atrajo a la inversión. En lugar de extender ese espacio para que se generalizara y la excepción fuese lo que no funcionaba, lo que hubiera requerido afectar diversos intereses cercanos al “sistema”, todos los actores clave sucumbieron a la competencia y crearon el entorno que hizo, en retrospectiva, inevitable el hartazgo y su consecuente rechazo popular al statu quo.

Es afortunado que el país goce del privilegio de contar con una población cada vez más pudiente fuera de México que sostiene a una enorme parte de la ciudadanía, sobre todo en zonas rurales, a través de sus remesas. También lo es que las exportaciones permitan mantener la estabilidad de la balanza de pagos y contribuyan decisivamente al crecimiento de vastas regiones del país. Sin embargo, se trata de excepciones y, dado el contexto norteamericano actual, situaciones por demás precarias. Como sus predecesores, el gobierno de AMLO se beneficia de estos elementos pero no puede confiarse de ellos, pues ambos están en la mira de Trump.

Cualquiera que acabe siendo el camino que adopte el presidente en materia de desarrollo, hay dos circunstancias que no podrá evitar: por un lado, tiene que procurar una tasa elevada de crecimiento: la noción de que se puede lograr el desarrollo sin crecimiento es mera fantasía. Por su parte, el crecimiento requiere inversión privada, la cual solo se consumará cuando se acabe la incertidumbre que produce el propio gobierno. Por otro lado, la única forma de lograr un crecimiento susceptible de avanzar hacia el desarrollo es con un esquema incluyente que promueva la movilidad social, algo natural en el siglo XX pero casi inexistente en la actualidad.

@lrubiof

ÁTICO:

México fue pionero en reformas, pero su lógica fue resolver problemas para preservar el statu quo, lo que llevó a su insuficiencia.

El poder difamador

Enrique Krauze

La demanda del exgobernador de Coahuila contra Sergio Aguayo debe topar con la razón y el derecho. La jurisprudencia vigente se inclina en favor de la libertad de expresión ejercida por el periodista. Sin embargo, soplan vientos autoritarios que, para vergüenza de nuestra democracia, podrían llevar la sentencia al polo contrario. Ojalá no suceda. Sería lamentable.

La defensa jurídica sobre la “posición preferencial” de la libertad de expresión en sociedades democráticas está contenida en una sentencia emitida por la Suprema Corte de Justicia en noviembre de 2011. Su ponente fue el actual ministro presidente, Arturo Zaldívar Lelo de Larrea. El criterio “para juzgar la constitucionalidad de las opiniones emitidas en ejercicio de la libertad de expresión -decía el dictamen- es el de relevancia pública”, que a su vez depende “del interés general por la materia y por las personas que en ella intervienen”.

Puede ocurrir -y ocurre a menudo- que esas opiniones tengan una connotación problemática. Sobre ese punto, Zaldívar citaba a James Madison: “cierto grado de abuso es inseparable en el adecuado uso de todo; y en ninguna instancia es esto más cierto que en la prensa”. Pero “el valor constitucional de una opinión” -continuaba el texto- “no depende de la conciencia de jueces y tribunales” sino de su “competencia con otras ideas” en lo que se ha denominado “el mercado de ideas”. Esa competencia, y el consecuente “debate de ideas” que ella genera, es lo que, a la postre, “conduce a la verdad y a la plenitud de la vida democrática”. El razonamiento concluía así:

El debate en temas de interés público debe ser desinhibido, robusto y abierto, pudiendo incluir ataques vehementes, cáusticos y desagradablemente mordaces sobre personajes públicos o, en general, ideas que puedan ser recibidas desfavorablemente por sus destinatarios y la opinión pública en general, de modo que no sólo se encuentran protegidas las ideas que son recibidas favorablemente o las que son vistas como inofensivas o indiferentes. Estas son las demandas de una sociedad plural, tolerante y abierta, sin la cual no existe una verdadera democracia.

El corolario natural de aquella sentencia es el siguiente: cuanto más alta es la relevancia pública de los destinatarios de una crítica, mayor debe ser su tolerancia a la crítica. Aplicado al caso

Aguayo, la conclusión es evidente: debido a la relevancia pública -en particular, política- del señor Moreira, Aguayo debe ser exonerado.

Hasta aquí la jurisprudencia del caso. Pero hay factores políticos sin precedente que convergen, de manera decidida, a favor de Aguayo. Me refiero, claro, a la difamación y el descrédito que de manera cotidiana se expresan desde el poder contra los periodistas independientes o las voces críticas. De otra índole (amenaza cumplida, acoso fiscal, ahogo financiero, asalto físico, incluso asesinato) siempre ha habido violencia del poder contra el gremio. Pero la violencia verbal que se ejerce ahora no fue característica del viejo sistema político ni de las tres primeras administraciones del siglo XXI.

Esta situación no solo atenta contra la jurisprudencia mencionada (a más visibilidad, más tolerancia) sino que, de manera flagrante, la revierte, la viola, la corrompe. A pesar de la inmensa desproporción de visibilidad pública entre ambas entidades, el poder agrede al periodismo. Y no cualquier poder, sino el poder absoluto. Y no cualquier violencia, sino la mayor gama de insultos, descalificaciones y difamaciones jamás escuchadas desde el púlpito presidencial. La conferencia de prensa matutina la recogen y transmiten todos los medios y reverbera multiplicada por las redes sociales, tanto las genuinamente convencidas de su mensaje como las contratadas para encomiarlo y atacar a los críticos. En cambio, el periodista solo publica en su medio, en sus cuentas en redes sociales (si las tiene) y las de sus seguidores (si los tiene).

Hay un elemento adicional, gravísimo y por eso decisivo: México es uno de los países en donde más se mata a periodistas. En un contexto tan polarizado y violento, una calumnia del presidente puede ser la flama que lleve a alguien a atentar físicamente contra el periodista. Es un milagro que no haya ocurrido.

¿Qué haría la Suprema Corte si un periodista difamado (o un grupo de periodistas, o un colectivo civil) presentara una demanda contra el poder difamador? Si es fiel a su propia jurisprudencia, debería favorecer al periodista y condenar al poder.

www.enriquekrauze.com.mx

ÁTICO

La regla de la libertad de expresión debe ser: a más poder más tolerancia.

Bloomberg, ¿el caballo negro?

Antonio Rosas-Landa Méndez

EN UN PAÍS EN EL QUE LAS CAMPAÑAS POLÍTICAS DEPENDEN DE DONACIONES PRIVADAS, EL EXALCALDE FINANCIÓ SUS ESFUERZOS CON SU FORTUNA

Michael Bloomberg es un hombre de 77 años con más de 60 mil millones de dólares en el bolsillo, fue tres veces alcalde de la ciudad de Nueva York, y hoy busca la candidatura presidencial demócrata.

En un país en el que las campañas políticas dependen de donaciones privadas, Bloomberg financió sus esfuerzos electorales con su inmensa fortuna. Como alcalde de Nueva York gastó cerca de 250 millones de dólares, un número pequeño ahora que ha usado 420 millones de dólares en lo que va de su campaña presidencial. El truco parece estar funcionando, pues se ubica en segundo lugar en las encuestas nacionales, detrás del socialista-demócrata Bernie Sanders.

Según otros precandidatos, “Bloomberg quiere comprar la Presidencia con su dinero”. Entiendo el dilema ético, no obstante, su ascenso deja en claro que los votantes consideran que había espacio para llenar el vacío de liderazgo exhibido en la contienda.

El magnate promete derrotar al mandatario Donald Trump. Por su parte, está claro que el presidente le teme pues lo ataca, se burla de su corta estatura, de su desempeño en el debate pasado en Las Vegas, Nevada, en fin, lo ridiculiza para descarrilarlo como competidor.

Lo cierto es que el empresario de medios despliega una estrategia impresionante. Un canal de televisión afroamericana muestra comerciales con una familia dueña de un pequeño negocio que asegura salvó su patrimonio en Nueva York gracias a las pláticas del exalcalde.

Los canales en español muestran el apoyo de “Mike” a la reforma migratoria y en YouTube se destaca su activismo para combatir industrias contaminantes causantes del cambio climático.

A pesar de tener un mal debate en Nevada, Bloomberg está enfocado en que las audiencias nacionales lo ubiquen como la alternativa posible. Sin embargo, sus aspiraciones pueden descarrilarse por algunas de sus políticas que violentaron los derechos civiles de las minorías para re-

ducir el crimen en Nueva York, aunque el mayor riesgo proviene del canibalismo entre los mismos demócratas.

El purismo y odio de clases de los precandidatos Elizabeth Warren y Bernie Sanders casi satanizan la existencia del millonario. Es curioso porque estos precandidatos populistas sí cuentan con una base de simpatizantes muy activos, pero sus ideas atemorizan a la mayoría de los votantes haciendo casi imposible su triunfo.

En una sociedad sana, el empresario honesto que se ha ganado el dinero legalmente, que paga impuestos, ofrece empleo y muestra conciencia social debe ser considerado un héroe. La gente que vive del presupuesto público, burócratas o funcionarios partidistas, que nunca han hecho algo productivo no deberían dictar cómo distribuir una riqueza nacional que no entienden cómo se genera y a la que jamás han aportado.

Muchos estadounidenses vieron en Trump una opción distinta. Los republicanos moderados votaron por el hoy presidente considerando:

1. Es un hombre cuya actitud les causa vómito, pero que impulsa políticas que creen son positivas para la economía.

2. Los demócratas ofrecen ideas estatistas que frenan el dinamismo y reducen las opciones al consumidor. Bloomberg es un hombre con errores y defectos, pero que ha luchado sin obligación alguna y con sus propios recursos por las causas correctas, y que puede ser el candidato que una a demócratas, republicanos e independientes contra Trump.

El dilema es que los demócratas en su infinita búsqueda por la pureza de ideas pierden el enfoque y acaban emulando a la selección mexicana: compiten como nunca para perder como siempre. Este 3 de marzo, conocido como “Super Martes”, 14 estados realizarán sus elecciones primarias y Bloomberg estará por primera vez en la boleta. Los resultados dirán si logró subirse al ring, o si el populismo de izquierda se adueña de la candidatura para luego ser derrotado en la elección general.

@ARLOpinion

Muralismo nacional con influencia internacional

Jorge Islas

Con su cultura, México ofrece, de nueva cuenta, su mejor rostro al público de Nueva York en los EUA. Ejemplo de ello es la muestra “Vida Americana: Mexican Muralists Remake American Art, 1925–1945”, la cual fue inaugurada la semana pasada en el Whitney Museum of American Art, en la que se presenta una constelación de propuestas artísticas, estéticas, ideológicas, históricas y políticas del México post-revolucionario con obras de artistas Norteamericanos, en donde queda claro la gran influencia que tuvieron los tres grandes del muralismo mexicano (Orozco, Rivera, Siqueiros), para impactar en estilo, técnicas y contenidos que buscaban enviar un mensaje de protesta en contra del status quo de aquella época.

Las obras en exhibición, no dejan duda alguna de la alta calidad artística de nuestros muralistas, que plasmaron en sus lienzos y paredes, un orgulloso sentido de pertenencia al México con raíces indígenas y a la espera de mejores momentos, para redimir a los de abajo, frente a los de arriba. Obvio, también se ve reflejada la inclinación por retratar la lucha de clases y las consecuencias de tener sociedades con tanta desigualdad social.

Es indudable reconocer que el destino de México y E.U.A. se ha cruzado desde épocas en que ambos países tenían rostros muy distintos a los del presente, y el intercambio histórico, cultural, social y artístico ha sido determinante para consolidar una relación ya esencial para ambas naciones.

En esta ocasión, bajo el liderazgo de la curadora, Barbara Haskell, del Whitney Museum y el de Hilda Trujillo, Directora del museo Frida Khalo, con inteligencia y audacia, lanzan un llamado a recalcar esta aportación al legado cultural de E.U.A. albergando una de las muestras de arte mexicano más importantes realizadas en los últimos tiempos, por el valioso mensaje que se envía, para reafirmar, la profunda influencia que los artistas mexicanos tuvieron en el imaginario pictórico de los artistas estadounidenses, para crear una nueva manera de expresar su inconformidad con la sociedad que se edificaba antes de la segunda guerra mundial.

Para todos los actores y entidades mexicanas involucradas en la exposición y para la comunidad artística de ambos países, esta es una ocasión excelente para reafirmar nuestros lazos culturales con E.U.A. y para mostrar, de manera renovada, a los artistas emblemáticos de nuestro patrimonio nacional, riqueza indiscutible y pilar de la identidad con la que México se reconoce en el mundo, poco después de haber terminado la revolución y que se aprobó la Constitución de 1917, la cual incluyó por primera ocasión en la historia de las Constituciones, derechos sociales en favor de los grupos más vulnerables de la sociedad.

Si González Camarena logró reproducir a los principales actores de la carta magna de Querétaro, claramente Orozco, Rivera y Siqueiros, logran expresar el sentimiento y razón de ser de los artículos 3, 27 y 123 de la Constitución mexicana.

Es deseable que esta exhibición sirva para renovar nuestro aprecio y respeto recíprocos, al tiempo que fortalezcamos una larga relación entre E.U.A. y México, dos naciones que saben que la cultura nos permite compartir y disfrutar, como afirmó Octavio Paz, de: “la gloria que es ser hombres”, con amplios bagajes históricos y bajo la bandera de la diversidad y pluralidad que caracteriza a la sociedad norteamericana.

Finalmente, y no menos importante, debemos de agradecer a José Vasconcelos, el secretario de educación pública de Álvaro Obregón, por haber impulsado el muralismo mexicano, como una forma para democratizar a la cultura, como una forma de expresar nuestra historia y como una forma de hacer arte y protestar al mismo tiempo. Sin su apoyo, no habría muros pintados en palacio nacional, ni en muchos de los edificios públicos que son referente de esta corriente pictórica nacional.

Después de haber recorrido la exhibición, me queda claro que más que influencia, México ha enriquecido, enriquece y seguirá enriqueciendo significativamente, la vida cultural de los EUA.

Twitter: @Jorge_IslasLo